OBRAS
DE
RABINDRANATH TAGORE

LA COSECHA

EX-LIBRIS
Ghislande Morales. D.

LIBRERIA DE PORRÚA HNOS.
AV. ARGENTINA Y Jo. SIERRA
MEXICO, D. F.

OBRAS

DE

RABINDRANATH TAGORE

LA COSECHA

OBRAS DE RABINDRANATH TAGORE

(Según el testo inglés, escrito o revisado por el propio autor).

PUBLICADAS

LA LUNA NUEVA (POEMAS DE NIÑOS). *Tercera edición.*

EL JARDINERO (POEMAS DE AMOR Y VIDA). *Tercera edición.*

LA COSECHA (POEMAS). *Tercera edición.*

EL CARTERO DEL REY (POEMA DRAMÁTICO). *Tercera edición.*

SANYASI, O EL ASCETA (POEMA DRAMÁTICO). *Primera edición.*

CHITRA (POEMA DRAMÁTICO). *Primera edición.*

PÁJAROS PERDIDOS (SENTIMIENTOS). *Segunda edición.*

EN PRENSA

OFRENDA LÍRICA (POEMAS).

EN PREPARACIÓN

EL REY DEL SALÓN OSCURO (POEMA DRAMÁTICO).

LAS PIEDRAS HAMBRIENTAS Y OTROS CUENTOS.

EL SENTIDO DE LA VIDA (ENSAYOS).

OBRAS
DE
RABINDRANATH TAGORE

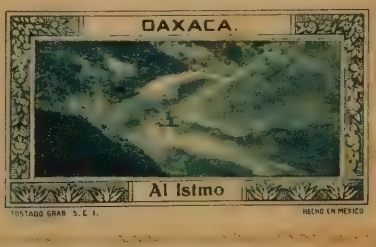
LA COSECHA

(POEMAS)

TRADUCCIÓN
DE
ZENOBIA CAMPRUBÍ DE JIMÉNEZ
(ÚNICO TRADUCTOR AUTORIZADO POR RABINDRANATH TAGORE PARA PUBLICAR SUS OBRAS EN ESPAÑOL)

CON UN POEMA
DE
JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

— TERCERA EDICIÓN —



MADRID
1918

ES PROPIEDAD

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY

COPYRIGHT, 1918,

BY ZENOBIA CAMPRUBÍ DE JIMÉNEZ

Tip. - Lit. A. de Angel Alcoy (S. en C.). Atocha, 30 dup.

LA COSECHA

—¡COJEDLA, que no se os vaya! ¡Amarradla bien a la tierra!

Un viento de no sé dónde, en un desorden de chispas de sol y estrellas de plata, rojas, verdes, de un día conmovido, rinde, de pronto, a los hombres desvelados una rama celeste, llena toda de los frutos del árbol único de la Verdad.

—¡Que se nos va! ¡Por Dios, que nos lleva! ¡Más fuerte!

Y la rama inmensa se levanta, de nuevo, en paz; se levanta, se pierde en el cielo... Y el gran cielo azul y radiante se cierra tras ella, ordenando la momentánea revolución de día y noche, las estrellas rosas, grises, de plata, y las chispas de oro.

—¡Qué tristeza, qué tristeza, qué tristeza!

Pero el corazón es ya para siempre como un cesto vacío, del tamaño del cielo de la aurora; nostálgico de la belleza inmortal, fruto de luz divina, que se le ha regalado un momento en la rama rendida del árbol único de la Verdad.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

LA COSECHA

I

DIME que sí, y cojeré todos mis frutos, y te los llevaré, en canastos llenos, a tu patio, aunque algunos se han pasado y otros están verdes aún; porque le pesa ya mucho su carga a la estación, y la flauta del pastor se queja ya en la sombra.

El viento inquieto de marzo irrita, fastidioso, la onda lánguida con su murmullo; el jardín ha rendido todo su don; y en el cansado anochecer, tu llamada viene de tu casa, por el sol poniente de la ribera. ¡Dime que sí, y daré mi vela al viento del río!

2

CUANDO yo joven, mi vida era como una flor, como una flor a la que nada le importaba perder una hojilla de su tesoro, cuando la brisa de la primavera venía a pedir a su puerta.

Ahora que muere mi juventud, mi vida es como una fruta, como una fruta a la que nada le sobra y anhela darse de una vez, con su carga completa de dulzura.

3

¿ACASO la fiesta del verano no es para las hojas secas y las flores mustias, lo mismo que para las flores frescas? ¿El canto del mar está acordado acaso solamente con las olas que se yerguen? ¿No canta también con la ola que se cae?

La alfombra que pisa mi Rey está tejida con joyas; pero hay terrones humildes que esperan pacientes su pisada.

Pocos son los sabios y los grandes que están sentados junto a mi Señor; pero Él ha venido por su pobre de espíritu, lo ha cojido entre sus brazos, y lo ha hecho esclavo suyo para siempre.

4

AL despertar esta mañana, me encontré su carta. No sé qué dice, porque no sé leer; ni molestaré al sabio en la soledad de sus libros, porque él quizás tampoco entienda lo que dice.

¡Déjame que la apriete contra mi frente, que la estreche contra mi corazón! Cuando la noche se calle, y vayan saliendo las estrellas una a una, la abriré sobre mi falda y me estaré callado. Las hojas suspirantes me la leerán alto, el arroyo atropellado me la irá cantando, y las siete estrellas sabias me la rezarán desde el cielo.

¡No encuentro lo que busco! ¡No puedo comprender lo que quisiera! ¡Pero esta carta sin leer me ha aliviado de mi carga y me ha hecho canciones mis pensamientos!

5

UN puñado de polvo podía ocultar tu seña cuando yo ignoraba su sentido. Ahora que sé más, la leo en todo lo que antes la escondía.

Está pintada con hojas de flores, la destellan las olas en espuma, los montes la levantan sobre sus cumbres.

Como yo no te miraba, leía las letras al revés, y no sabía su secreto.

6

POR los caminos, me pierdo. ¡El agua ancha y el cielo azul, sin señales, donde la ruta está escondida por las alas de los pájaros, por los rayos de las estrellas, por las flores de las estaciones viajeras!

¿Tu sangre lleva la sabiduría del camino invisible, corazón?

7

¡MI casa no es ya casa para mí! ¡No puedo más! ¡Me voy; que el Desconocido eterno me llama desde el camino!

¡Cómo me duele su pisada, resonando en mi pecho!—¡Y el viento se levanta, y se lamenta el mar!—

¡Quédense ahí mis dudas, mis cuidados! ¡Yo me voy con la marea sin hogar; porque el Desconocido me llama, yéndose ya por el camino!

8

¡DISPONTE a partir, corazón mío, que has sido llamado por tu nombre en el cielo de la mañana! ¡Quédense los otros, si quieren; pero tú no esperes a nadie!

El capullo anhela la noche y el rocío, pero la flor abierta grita a la luz: «¡Libertad!» ¡Revienta tu pecho, corazón mío, y sal!

9

CUANDO mi pereza me retenía entre el montón de mis tesoros, era yo como un gusano que se alimenta, en la sombra, del fruto en donde nació.

¡No, no, carcel de podre; no quiero dar más vueltas a mi quietud mohosa! ¡Lejos todo lo que no es vida mía, ni lijero como mi risa; que voy tras la eterna juventud!

Y corro por los días; y en la carroza de mi corazón vaga el poeta, bailando y cantando.

10

ME cojiste de la mano, me llevaste contigo, y me sentaste en el trono, delante de los hombres. Me fuí volviendo tímido, incapaz de acción, inútil para el camino. Dudaba de todo, y discutía conmigo a cada paso, no fuese a pisar espina en el favor humano.

Vino la piedra, sonó el tambor del insulto, y mi silla rodó, humillada, por el polvo. ¡Libre al fin! ¡Los caminos, abiertos ante mí; mis alas, llenas del afán del cielo! ¡Me voy con las estrellas errantes de la medianoche, a hundirme en la sombría profundidad! ¡Soy como

la nube del verano en el huracán, que se quita su corona de oro, y se cuelga el rayo, igual que una espada, en la cadena del relámpago! ¡Con qué desesperada alegría corro por el camino polvoriento de los desdeñados, a tu bienvenida final!

El niño encuentra a su madre cuando sale de su vientre. Ahora que estoy separado de ti, echado de tu casa, ¡qué bien te veo tu rostro!

II

ESTA cadena mía no me adorna con sus joyas más que para burlarse de mí. Cuando la tengo al cuello, me lastima; cuando quiero arrancármela, me ahoga. ¡Me agarra la garganta, me estrangula mi canción!

¡Si pudiese yo siquiera dártela en tu mano, Señor, qué libre me quedaría! ¡Quítamela tú, y átame con una guirnalda; que me dá vergüenza llegar ante tus ojos, con esta cadena de joyas al cuello!

12

EL Jumna corría allá en lo hondo, lijero y claro. Arriba, ceñudo, el tajo alzaba su frente. Y montes de oscuro verdor, cicatrizados de torrentes, se agrupaban en torno.

Govinda, el gran maestro seike, leía, sentado en la roca, las escrituras; cuando Raghunath, su discípulo, orgulloso de sus riquezas, llegó hasta él y le dijo inclinándose: «Te traigo un pobre regalo, indigno de ser aceptado por ti.» Y lució ante su Maestro un par de brazaletes de oro y piedras preciosas.

Cojió el Maestro uno de ellos y lo

hizo jirar en su dedo; y las piedras echaban flechas de luz. De pronto, se le salió del dedo el brazalete, y cayó, saltando por la roca, al agua.

Raghunath dió un grito y se arrojó al río. El Maestro volvió sus ojos al libro. Y el agua aprisionó y ocultó su robo, y siguió su curso.

Cuando Raghunath volvió, cansado y chorreante, a su Maestro, el día se estaba ya apagando. Anhelante, le dijo: «Si me dices dónde cayó el brazalete, quizás pueda encontrarlo todavía.»

El Maestro cojió el otro brazalete, y tirándolo al agua, le respondió: «¡Allí!»

13

MOVERSE es encontrarte a cada paso, Compañero caminante; es cantar al compás de tus piés. El que es rozado de tu aliento, no se guarda caminando por la ribera, sino que tiende su vela intrépida al viento y cabalga sobre las olas turbulentas.

Quien abre sus puertas de par en par y sale, recibe tu saludo. Y no se para a contar su ganancia, ni a lamentar su ruina, sino que siente latir su corazón como tambor en marcha; porque andando va siempre contigo, Compañero caminante.

14

TÚ me prometiste que tus manos me darían mi parte de felicidad en este mundo. Por eso brilla tu luz en mis lágrimas. Y tengo miedo de ir con los otros, no sea que me pase sin verte por el rincón en que tú me estás esperando para guiarme.

Voy y vengo, a mi antojo, por mi camino, hasta que mi locura te mueve a acercarte a mi puerta; porque tú me prometiste que tus manos me darían mi parte de felicidad en este mundo.

15

¡TU palabra sí que es sencilla, Maestro mío, no la de los que hablan de ti! ¡Qué bien entiendo la voz de tus estrellas y el silencio de tus árboles! Y sé que mi corazón quisiera abrirse como una flor, que mi vida se ha llenado en una fuente escondida.

Tus canciones, como pájaros de un nevado país solitario, vienen volando a hacer su nido en mi corazón, para cuando llegue abril caliente. ¡Qué feliz soy esperando la alegre estación!

16

ELLOS sabían el camino, y fueron en tu busca por el sendero angosto; pero yo lo ignoraba, y me salí de él, y me puse a vagar en la noche.

Como no me habían enseñado a temerte en la oscuridad, me encontré, sin saber cómo, en el umbral de tu puerta. Me riñeron los sabios, y me dijeron que me fuera, que yo no había venido por el callejón. Yo me iba con mi duda, pero tú me retuviste firmemente.

Y la riña de ellos fué más agria cada día.

17

SALÍ, con mi lámpara de barro, de mi casa y grité: «¡Venid conmigo, hijos míos, que yo alumbraré vuestro camino!».

La noche estaba oscura aún, y yo volvía por el camino callado, gritando: «¡Alúmbrame, Fuego, que mi lámpara de barro está rota en el polvo!».

18

NO, tú no sabes abrir los capullos y convertirlos en flores. Los sacudes, los golpeas..., pero no está en ti el hacerlos florecer. Tu mano los mancha; les rasga sus hojas; los deshace en el polvo..., pero no les saca color alguno, ni ningún aroma.

¡Ay, tú no sabes abrir el capullo y convertirlo en flor!

El que puede abrir los capullos, ¡lo hace tan sencillamente! Los mira nada más, y la savia de la vida corre por las venas de las hojas. Los toca con su aliento, y la flor abre sus alas y revolo-

tea en el aire; y le salen, sonrojados, sus colores, como ansias del corazón; y su perfume traiciona su dulce secreto.

¡Ay, el que sabe abrir los capullos, lo hace tan sencillamente!

19

SUDAS, el jardinero, cojió de su estanque el último loto que había quedado del desastre del invierno, y se fué a la puerta del palacio real a ver si se lo quería comprar el Rey.

Al llegar, se encontró con un caminante, que le dijo: «¿Cuánto quieres por tu último loto, que se lo voy a ofrecer a Budda, nuestro Señor?»

Sudas le contestó: «Te lo dejo en un masha de oro.»

Y el viajero se lo dió.

El Rey salía en aquel instante del palacio, para ir a ver a nuestro Señor Bud-

da, y pensó: «¡Qué hermoso sería poner a sus pies este loto de invierno!» Y quiso comprar la flor.

Cuando el jardinero le dijo que le habían dado por ella un masha de oro, el Rey le ofreció diez; pero el caminante dobló entonces el dinero.

El codicioso del jardinero pensó que aquel a quien querían los dos ofrecer el loto, le daría más que ellos; y se inclinó, y les dijo: «No puedo vender la flor.»

En el silencio umbrío del bosque de mangos, que se dilata fuera de los muros de la ciudad, Sudas estaba de pie ante Budda nuestro Señor, cuyos labios son el trono del silencio del amor y cuyos ojos destellan paz, como la estrella matutina del otoño, puro de rocío.

Miró a su rostro, le puso el loto a sus pies, y bajó su frente hasta hundirla en el polvo.

Budda sonrió y le dijo: «¿Qué quieres tú, hijo mío?»

Y Sudas le contestó: «La caricia más leve de tus pies.»

20

¡NOCHE, Noche velada, hazme tu poeta! ¡Déjame entonar las canciones de todos los que, por siglos de siglos, se han sentado en silencio a tu sombra! ¡Súbeme en tu carro sin ruedas que corre silencioso de mundo a mundo, tú, reina del palacio del tiempo, la oscuramente hermosa!

¡Cuánto entendimiento afanoso ha penetrado mudo en tu patio, y ha vagado por tu casa sin lámpara, preguntándote! ¡Qué de corazones, que la mano de lo Desconocido pasó con la flecha de la alegría, han estallado en cánticos que

sacudían tu sombra hasta sus cimientos!

¡Hazme, Noche, el poeta de estas almas despiertas que contemplan maravilladas, a la luz de las estrellas, el tesoro que han encontrado de repente; el poeta de tu silencio insondable, Noche!

21

SÍ, aunque los días trastornen mi camino con su polvo ocioso, yo me encontraré con mi Vida interior, con esa Alegría que se oculta dentro de mi vida. A veces, he vislumbrado sus destellos; y rachas de su aliento me han puesto a veces, un instante, fragantes mis pensamientos.

Sí, yo he de encontrar esa Alegría de afuera, que me oculta el velo de la luz. ¡Y me erguiré en la soledad desbordada, donde todas las cosas son vistas como por su Creador!

22

LA mañana de otoño está cansada ya de tanta luz. Si tú no tienes ganas de tocar tu flauta, dámela, y jugaré con ella a mi antojo. La dejaré sobre mi falda, la rozaré con mi boca, la pondré a mi lado en la yerba...

Luego, en la solemne paz del anochecer, saldré a cojer flores para ella. La colgaré de guirnaldillas, la llenaré de fragancia, la adoraré con la lámpara encendida. Y vendré contigo, y te la devolveré.

Entonces tú tocarás en ella músicas de medianoche, cuando la luna nueva solitaria yerra entre las estrellas.

23

SOBRE las olas de la vida, en el vocerío del viento y del agua, el pensamiento del poeta está siempre flotando y bailando.

Ahora que el sol se ha puesto y el cielo oscuro se cae sobre el mar, como las pestañas sobre un ojo cansado, quitadle al poeta su pluma; ¡y que sus pensamientos se hundan hasta el fondo del abismo, en el eterno secreto del silencio!

24

LA noche está negra, y tu sueño se sume en el silencio de mi vida... ¡Despierta, Dolor de Amor, que estoy fuera, esperando, y no sé abrir la puerta!

Esperan las horas; las estrellas vijilan; el viento está quieto; el silencio me cansa, pesado, el corazón... ¡Despierta, Amor, despierta; llena mi cáliz vacío; riza la noche con la racha de tu canción!

25

YA está cantando el pájaro de la mañana. ¿Quién le traerá a él noticias del día, antes que raye el alba, cuando el dragón de la noche tiene cojido el cielo aún en sus frías roscas negras?

Dime, pájaro de la mañana, ¿cómo, a través de la doble noche del cielo y de las hojas, encontró el mensajero del oriente la veredilla de tu sueño? ¡No te creía el mundo cuando gritaste: «¡Se fué la noche. Ya viene el sol!»

¡Dormido, despierta! Abre tu frente

a la bendición primera de la luz; canta,
feliz de fé, con el pájaro de la mañana!

26

LEVANTÉ, mendigo, mis manos secas al cielo sin estrellas, y grité, con voz hambrienta, al oido de la noche. Mi oración era a la Sombra ciega, que yacía, como un dios caído, en el cielo desolado de las ilusiones perdidas. Y el lamento del deseo revolaba en torno del abismo de la desesperanza, como un pájaro que jime alrededor de su nido vacío.

Pero cuando la mañana ancló en la costa del oriente, ¡mendigo de mí!, dí un salto y grité: «¡Bendito yo, porque la noche sorda me negó su cofre vano!».

Y grité: «¡Vida, Luz; vosotras sí que sois preciosas; y preciosa la alegría que os ha conocido al fin!».

27

ESTABA Sanatan rezando su rosario junto al Ganjes, cuando llegó a él un Bramin harapiento, y le dijo: «¡Una limosna a este pobrecito!».

«He dado todo lo que tenía» le respondió Sanatan; «lo único que me queda es mi platillo».

«Pues Siva, nuestro Señor, me ha visitado en sueños, y me ha dicho que viniera», dijo el Bramin.

Sanatan recordó de pronto que había encontrado una piedra preciosa entre los guijarros de la ribera, y que la había escondido en la arena, por si alguien la necesitaba.

Le dijo al Bramin dónde estaba la piedra, y el Bramin la desenterró pensativo. Y se sentó en el suelo, y estuvo meditando en soledad hasta que el sol se puso tras los árboles y los pastores volvieron con los ganados a sus hogares.

Entonces se levantó, se fué despacio hasta Sanatan, y le dijo: «Maestro, lo que quiero es un pedacito de esa riqueza que desprecia todas las riquezas del mundo».

Y echó la piedra preciosa al agua.

28

DÍA tras día, mis manos se levantaron a tu puerta, pidiendo, pidiendo.

Tú me diste y me diste, a veces un poquito, a veces mucho. Yo cojía y dejaba, a mi antojo. ¡Algunas cosas me pesaban más! Otras las dejé para jugar, y las rompía cuando me cansaban... El montón de ruinas y olvidos de tus limosnas se hizo tan grande, que te escondía. Y mi corazón se cansó de esperar y esperar, y cayó rendido.

Ahora te pido así: »¡Ten, ten!».

¡Destroza todo lo que hay en este

platillo de pedir! ¡Apaga esta lámpara de tu importuno centinela! ¡Cójeme las manos; levántame sobre el montón de tus limosnas, que aún sube, a la desnudez infinita de tu presencia solitaria!

29

ME has puesto entre los derrotados. Sé bien que no ganaré, que no podré dejar la partida. ¡Me echaré en la charca, aunque no sea más que para irme al fondo! ¡Jugaré al juego de mi propia ruina!

Apostaré cuanto tengo; y cuando haya perdido lo último, me pondré a mí mismo. Entonces, ya arruinado del todo, habré ganado.

30

CUANDO vestiste de harapos mi corazón y lo echaste al camino a pedir, ¡qué alegre sonrisa inundó el cielo!

Mi corazón fué de puerta en puerta, y cuantas veces su platillo estuvo lleno, lo robaron.

Cayendo ya el día cansado, vino mi corazón al umbral de tu palacio y levantó, lastimero, su platillo.

¡Y tú saliste, y lo cojiste por la mano, y lo sentaste a tu lado, en tu trono!

31

EN los días en que el hambre reinaba en Shravasti, nuestro Señor Budda preguntó a los que le seguían: «¿Quién de vosotros daría de comer a los hambrientos?»

Ratnakar, el banquero, bajó la frente, y dijo: «¿Qué son mis riquezas para dar de comer a tanta jente?»

Jaysen, el jefe del ejército del Rey, dijo: «Les daría con gusto la sangre de mis venas, porque lo que es comida no hay en mi casa.»

Dharmapal, dueño de largas tierras, suspiró y dijo: «¡Este demonio de la sequía ha chupado mis campos hasta arru-

garlos! ¡No sé cómo me las voy a arreglar para pagar al Rey el tributo!»...

Entonces se levantó Supriya, la hija del mendigo, saludó a todos, y dijo humildemente: «Yo daré de comer a los hambrientos.»

«¿Estás loca?» esclamaron todos asombrados. «¿Tú crees que podrás cumplir tu promesa?»

«Como soy más pobre que nadie», contestó Supriya, «soy poderosa. Porque mi arca y mis manjares están en vuestras casas.»

32

CUANDO yo no conocía a mi Rey, pensé, atrevido, que podría esconderme de él, y no pagarle la deuda que me reclamaba.

Y después de mi trabajo de cada día y de mi sueño de cada noche, le huía y le huía. Pero en cuanto me paraba a respirar, veía su mano, que me alcanzaba. Y así supe que él me conocía, que no hay lugar alguno en el mundo que me pertenezca.

Ahora, mi anhelo es poner cuanto tengo, a sus pies, ganar mi derecho a un lugar en su reino.

33

CUANDO pensé hacer tu imajen con mi vida, para que los hombres la adoraran, yo te dí mi ceniza y mis deseos, mis ilusiones, mis sueños de colores.

Cuando te pedí que hicieras con mi vida la imajen de tu corazón, para que tú la amaras, tú me diste tu fuego y tu hierro, tu verdad, tu hermosura y tu paz.

34

"SEÑOR, el santo Narottam nunca se digna venir a tu templo real», dijo al Rey su siervo. «Si fueras a la arboleda del camino, verías la jente atropellarse para oirle cantar las alabanzas de Dios, como enjambre de abejas alrededor de un loto blanco. ¡Y el templo, en tanto, está vacío, sin servicio el dorado tarro de miel!».

El Rey, mortificado en su corazón, se fué al campo donde Narottam oraba sentado en la yerba, y le dijo: «Padre, ¿por qué te sientas en el polvo del campo, para predicar el amor de Dios,

y no vas a mi templo de la cúpula de oro?».

«Porque Dios no está en tu templo», respondió Narottam.

El Rey, ceñudo, dijo: «¿No sabes que se gastaron veinte millones de oro en levantar la maravilla; que fué consagrado con los más costosos ritos?».

«Sí», contestó Narottam, «lo sé. Fué en aquel año en que el fuego devastó tu pueblo; y millares de pobres vinieron en vano a pedir a tu puerta. Decía Dios: «¡Miserable ser que no puede dar casa a sus hermanos, y quiere levantar la mía!». Y se fué con los desvalidos, bajo los árboles del camino.

Esa pompa de oro que tú dices, no tiene dentro más que el vaho caliente de tu orgullo».

Lleno de ira, el Rey le gritó: «¡Vete de mi reino!».

El Santo le respondió tranquilo: «Sí, me destierras adonde desterraste a mi Dios».

35

EL clarín yace en el polvo. Está cansado el viento; la luz, muerta. ¡Funesto día!

¡Venid, guerreros, con vuestras banderas! ¡Cantores, traed vuestro himno marcial! ¡Llegad ya, peregrinos, apresurad vuestro paso; que el clarín yace en el polvo, esperándoos!

Yo iba camino del templo, con mis ofrendas del anochecer, buscando descanso al trabajo sucio del día. Quería curar mis heridas, dejar blancas las manchas de mi vestido. ¡Y vi que el clarín estaba en el polvo!

¿No era tiempo todavía de que yo encendiera la lámpara de mi velada?

¿No había ya la noche arrullado a las estrellas? ¡Rosa, roja como la sangre; las amapolas de mi sueño palidecían y se mustiaban! Creía yo que mi vagar había terminado, que tenía pagadas todas mis deudas. ¡Y, de pronto, vi que el clarín estaba en el polvo!

¡Golpea mi corazón adormilado con el hechizo de tu juventud! ¡Que mi alegría se levante llameando en tu fuego, Vida! ¡Rayos del amanecer, volad por el corazón de la noche; sacudid, estremecidos de espanto, al paralítico y al ciego!

¡Vengo a levantar del polvo tu clarín!

¡Lejos de mí el sueño! ¡Quiero pasar entre el diluvio de las flechas!... Unos

saldrán corriendo de sus casas, y se vendrán conmigo; otros llorarán; y algunos se retorcerán en sus camas, entre lamentos, con sueños terribles; ¡porque esta noche, sonará tu clarín!

Si te pedí descanso, fué sólo por avergonzarme. ¡Aquí me tienes ya! ¡Ayúdame tú a vestirme mi armadura; y que los duros golpes del mal saquen fuego de mi vida! ¡Bata mi corazón en dolor el tambor de tu victoria!

¡Libres del todo están mis manos, y vengo a levantar tu clarín!

36

CON la locura de su regocijo, ¡Hermoso mío!, manchaban de polvo tu vestido. Mi corazón se me mustiaba viéndolo, y te grité: «¡Castígalos con tu vara justiciera!»

La luz de la mañana dió en sus ojos enrojecidos con la orjía de la noche; el lirio blanco saludó su aliento febril; las últimas estrellas miraron, fijas, por lo profundo de la sagrada oscuridad, la jarana de los que mancharon con el polvo de su locura tu vestido, ¡Hermoso mío!

¡Sí, la vara de tu justicia estaba allí, en el jardín florido, en el gorjeo de los pájaros de primavera, en las riberas en

sombra, cuyos árboles respondían, susurrando, al suspiro de las ondas!

¡Amor mío; qué despiadados fueron en su locura! Asaltaron la oscuridad, te golpearon y te robaron tus adornos para embellecer sus propios deseos. Tu dolor me partía el alma, y te grité: «¡Castígalos, Amor mío, con tu espada justiciera!»

Pero tu justicia estaba alerta. Una madre lloraba la insolencia de sus hijos; la fé constante de un enamorado fué herida, por aquella rebeldía, en sus mismas llagas. ¡Sí, tu justicia palpitaba en el dolor mudo del amor desvelado, en la vergüenza del casto, en las lágrimas de la desolación nocturna, en el pálido clarear del perdón!

Su codicia se atrevió a escalar tu tapia, ¡Justiciero mío! Y entraron, guar-

dados por la sombra, en tu granero. Pero les pesaba tanto su botín, que no podían llevárselo. Y entonces te grité: «¡Perdónalos!».

Tu perdón estalló huracanado, y los echó por tierra, y derramó su robo por el polvo.

¡Sí, tu perdón estaba allí, en el rayo, en la sangre que llovía, en el rojo iracundo de la puesta del sol!

37

I

UPAGUPTA, el discípulo de Budda, dormía echado en el suelo, bajo la muralla de la ciudad de Mathura. Todas las lámparas estaban ya apagadas, cerradas todas las puertas; y el cielo sucio de agosto escondía todas las estrellas.

De pronto, Upagupta sintió en su pecho unos pies que repicaban sus ajorcas. Se incorporó asustado, y la luz de la lámpara de una mujer alumbró sus ojos que perdonaban.

Era la bailarina, estrellada de joyas,

nublada con un manto azul pálido, borracha del vino de la juventud.

Bajó ella la lámpara, y vió la cara moza de Upagupta, de una austera belleza. Y le decía: «Perdóname si te he despertado, hermoso; anda, vente conmigo a mi casa, que la tierra sucia no es lecho propio para ti.»

Upagupta le respondió: «Mujer, sigue tu camino; ya iré en tu busca cuando sea tiempo.»

De pronto, la noche negra enseñó sus dientes, en un relámpago, y el trueno gruñó desde un rincón del cielo. Y la mujer se puso a temblar, espantada.

II

Los árboles del camino se rajaban, doloridos, de tanta flor. En el aire ca-

liente de primavera venían de lo lejos alegres flautas. Todo el pueblo se había ido al campo, porque era la fiesta de las flores. Y en lo alto del cielo, la luna llena miraba las sombras del pueblo callado.

Upagupta iba por la calle solitaria. Sobre él, en las ramas del mango, los cucos en celo insistían en su lamento desvelado. Pasó la puerta de la ciudad y se detuvo junto al torreón. Una mujer estaba a sus pies, echada a la sombra del muro. Tenía el cuerpo todo llagado de la peste negra, y la habían echado de la ciudad.

Upagupta se sentó a su lado, y teniéndole la cabeza en sus rodillas, le mojó con agua los labios y le untó con bálsamo su cuerpo amoratado.

«¿Quién eres, di, misericordioso?», le preguntó la mujer.

«Llegó la hora en que debía visitarte, y aquí estoy contigo», contestó Upagupta.

38

ESTE amor nuestro no es un juego, Vida mía.

¡Cuántas veces, las noches silbadoras de huracán se me han echado encima, apagándome mi lámpara con su aliento! ¡Y las dudas negras se amontonaron sobre mí, quitando las estrellas de mi cielo!

¡Cuántas veces, el diluvio barrió mi cosecha, rompiendo mis riberas! ¡Y el lamento de la desesperación rajó mi cielo de norte a sur!

Sí, Vida mía, el dolor golpea este amor nuestro; ¡no, no es apático ni frío, como la muerte!

39

EL muro se ha rajado y, como una risa divina, entra de golpe la luz.

¡Luz, victoria! ¡Le has atravesado a la noche su corazón!

¡Traspasa también este laberinto de duda y de deseos vanos, con tu espada reluciente!

¡Victoria! ¡Ven, Implacable; ven tú, tú que eres terrible en tu blancura!

¡Luz; cómo suena tu tambor de marcha en el fuego! ¡Y tu antorcha roja campea en lo alto; y muere la muerte, en un estallido de esplendor!

40

¡FUEGO, hermano mío; a ti mi canto de victoria!

Tú eres la imajen rojoviva de la medrosa libertad. Tú meces por el cielo tus brazos, y corres tus dedos impetuosos por las cuerdas del arpa. ¡Qué hermosa, Fuego, la música de tu danza!

Cuando mi día último llegue, y se abran mis puertas, ¡tú harás ceniza esta traba de mis manos y mis pies! Mi cuerpo será uno contigo, Fuego; y cojerás mi corazón en tu frenético torbellino; y el ardor luciente que fué mi vida, saltará en un destello, y se unirá a tu llamarada.

41

EL marinero va esta noche por el mar, y el mar está enloquecido.

Las velas, que infla el huracán, transen de dolor el mástil. El cielo, mordido por la boca de la noche, cae al agua, envenenado de negro terror. Las olas estrellan sus cabezas en la sombra, contra lo invisible... Y el marinero va por el mar enloquecido.

No sé para qué va el marinero por el mar; para qué asusta a la noche con la súbita blancura de sus velas. No sé si desembarcará, ni adonde; si llegará al patio silencioso en que, a la luz de la

lámpara, le espera ella, sentada en la tierra.

¿Qué busca el marinero, que su barca no teme a la tormenta ni a la sombra? ¿Lleva acaso un cargamento de perlas y diamantes?

No, no; sólo lleva una rosa blanca en la mano y una canción en los labios, para esa que lo espera, sola en la noche, a la luz de su lámpara.

Ella vive en una choza del camino. Su cabellera suelta vuela en el viento y le esconde los ojos.

Grita la tormenta en las puertas rotas de su choza; la luz de su lámpara alarga y encoje sombras en las paredes. Y en el aullido del vendaval, ella oye que la llaman por su nombre desconocido.

¿Cuánto tiempo hace que viene el

marinero por el mar? Y antes de que el día raye y llame a la puerta de la choza, ¿cuánto tiempo pasará? ¡Y nadie lo ha de saber, y no habrá redoble de tambores! Pero la luz llenará la choza, y el polvo será bendito, y estará contento el corazón...

¡Sí, todas las dudas se irán, calladas, cuando llegue a la orilla el marinero!

42

ME aferro a mi cuerpo, pobre tabla viva, por la estrecha corriente de mis años terrenales. Cuando termine la travesía, lo dejaré. ¿Y entonces?

¡Quién sabe si allí luz y oscuridad serán lo mismo!

La libertad eterna es lo Desconocido, impío en su amor, que aplasta la concha de la perla muda en su cárcel de sombra.

¡No llores más, ni pienses en los días que fueron, corazón mío! ¡Alégrate, que otros días van a venir, y tu hora está

dando, peregrino! ¡Ya es tiempo de que tomes por la senda nueva!

¡Su rostro perderá el velo, una vez más, y tú lo mirarás con tus ojos!

43

SOBRE la reliquia de Budda nuestro Señor, el Rey Bimbisar levantó un santuario de mármol blanco, que parecía una blanca salutación. Y cada anochecer, las novias y las hijas de la casa del Rey venían al santuario a ofrecer las lámparas y las flores.

Cuando el hijo del Rey Bimbisar fué rey, borró con sangre la relijión de su padre y alimentó con sus libros sagrados el fuego de los sacrificios.

La tarde de otoño iba cayendo, y llegaba la hora de la oración vespertina.

Shrimati, la doncella de la Reina, que

era devota de Budda nuestro Señor, se bañó en agua bendita, adornó el azafate de oro con lámparas encendidas y blancas flores frescas, se fué ante la Reina y se quedó mirándola en silencio con sus ojos oscuros.

La Reina, estremecida, le dijo: «¿No sabes, necia, que es voluntad del Rey que el que adore a Budda sea castigado con la muerte?».

Shrimati se inclinó ante ella, y se fué adonde estaba Amita, la desposada del hijo del Rey; la cual, con un espejo de oro bruñido en la falda, trenzaba su larga cabellera negra y se ponía en la raya del pelo la mancha roja de la buena suerte.

Cuando Amita vió a la doncella, la apartó con manos temblorosas, diciéndole: «¿Qué maleficio quieres hacerme? ¡Vete de aquí!».

La princesa Shukla estaba sentada en su ventana, leyendo un libro romántico a la luz del poniente, cuando vió venir a la doncella con las ofrendas sagradas. Se le cayó el libro de la falda y, asustada, la llamó y le dijo al oido: «¡Qué atrevida eres! ¿A qué buscas así a la muerte?».

Shrimati siguió de puerta en puerta, llamando, con la cabeza erguida: «¡Venid, mujeres de la casa del Rey, que es la hora de la oración de nuestro Señor!».

Unas le cerraron la puerta, y otras la insultaron.

La luz última del día se apagaba en la cúpula de bronce de la torre del palacio. Hondas sombras se acurrucaban por los rincones de las calles. Cesó el ruido y el movimiento de la ciudad, y el gong del templo de Siva llamaba a la

oración vespertina. Y en la oscuridad del anochecer otoñal, profundo como un lago límpido, las estrellas palpitaban de luz.

Los guardas del jardín del palacio vieron, sobresaltados, a través de los árboles, que una fila de lámparas ardían en el santuario de Budda; y corrieron, con sus espadas desnudas, gritando: «¿Quién eres tú, loco, que vienes por la muerte?».

—«Soy Shrimati», respondió una voz dulce, «la esclava de Budda nuestro Señor.»

La sangre de su corazón tiñó de grana el frío mármol blanco. Y la última lámpara se apagó al pie del santuario, a la luz callada de las estrellas.

44

EL día, que nos separa, nos saluda a los dos por última vez, y se va; y la noche se echa el velo por su rostro, y guarda la única lámpara que arde en mi alcoba.

Tu esclava oscura viene, y tiende callada la alfombra nupcial; y tú te sientas sola conmigo, en silencio, hasta que muere la noche.

45

MI lecho ha sido la pesadumbre, y los ojos se me caen. Y me pesa el corazón, sin ganas todavía de salir a la atropellada alegría de la mañana.

¡Corre un velo sobre esta luz desnuda; llama a ti este agrio resplandor y esta vida danzadora! ¡Y que la tierna sombra de tu manto me ampare, y guarde mi dolor del golpe del mundo!

46

¡YA no podré pagarle a ella todo lo que me dió! ¡Su noche tiene ya mañana, y Tú te la llevas en tus brazos! ¡Toma Tú este agradecimiento y estos regalos que traía para ella!

¡Perdón por todo lo que pudo dañarla y ofenderla en mí! ¡Coje, y hazlas tus esclavas, estas flores de mi amor, que no florecieron cuando ella esperaba que floreciesen!

47

HE encontrado en su caja, guardadas cuidadosamente, unas viejas cartas mías, juguetillos de su recuerdo. Su corazón asustadizo las robó del río atropellado de los días, y dijo: «¡Estas son sólo para mí!».

¡Ay, nadie las reclama ahora; nadie las compra con su amor! ¡Y, sin embargo, aquí están todavía...! ¡También habrá amor en este mundo que la libre a ella del olvido, como su amor salvó estas cartas con tan mimoso afán!

48

MUJER, pon orden y hermosura en mi vida desamparada, como los pusiste en mi casa cuando vivías.

Barre de mí las sobras polvorientas de las horas; llena mis tinajas vacías; repasa todo lo descuidado.

Cuando todo esté ya listo, abre la puerta interior del santuario, enciende la vela, y volvamos a encontrarnos, en silencio, ante nuestro Dios.

49

¡QUÉ dolor mientras mis cuerdas se afinaban, Maestro mío!

¡Empiece ya tu música, y hazme olvidar mi dolor! ¡Hazme sentir, en hermosura, tu pensamiento de aquellos días despiadados!

La noche que muere, se ha parado un momento a mi puerta. ¡Que se despida, cantando, de mí!

¡Derrama tu corazón en las cuerdas de mi vida, Maestro mío, con melodías caídas de las estrellas!

50

EN el relámpago de un instante, he visto en mi vida la inmensidad de tu creación; de tu creación entre mil ruinas, de mundo a mundo.

¡Qué llanto de indignidad cuando miro mi vida en manos de las horas locas! Pero cuando la veo en tus manos, comprendo que es demasiado preciosa para ser malgastada en la sombra.

51

SÉ que, en el vago ocaso de un día, el sol me dará su último adiós.

Los pastores tocarán sus pitos bajo los banianos, y el ganado pacerá en la ladera del río. Y mis días irán entrando en la oscuridad.

Lo que pido es que sepa yo, antes de irme, por qué me llamó la tierra a sus brazos; por qué me habló de estrellas el silencio de su noche, y la luz de su día besó mis pensamientos y me los puso en flor.

¡Que pueda yo, antes de irme del

todo, atardar mi último estribillo hasta completar su música; que pueda llevar mi lámpara encendida para ver tu cara; tejida mi guirnalda para coronarte!

52

¿QUÉ música es esta que mece el mundo?

Cuando canta sobre la cresta de la vida, nos reimos; si se vuelve a la sombra, nos encojemos de espanto.

Pero iguales son luz y sombra, que van y vienen con la música infinita.

Tú escondes tu tesoro en tu mano cerrada. Nosotros te gritamos: «¡Ladrón!».

Abre, si quieres, la mano; ciérrala, si quieres; que iguales son pérdida y ganancia.

Y jugando contigo mismo, ganas y pierdes a un tiempo.

53

HE besado el mundo con mis ojos, con todo mi ser; lo he guardado infinitamente en mi corazón; lo he llenado, día y noche, de mis pensamientos, hasta que él y mi vida se han fundido. Y como amo la luz del cielo que está tejida conmigo, amo mi vida.

Si es realidad el dejar este mundo, como lo es el amarlo, tendrá un sentido el separarse de la vida, como lo tiene el unirse a ella. Y si este amor fuera engañado por la muerte, el veneno del engaño lo secaría todo; y se arrugarían, y se volverían negras las estrellas.

54

ME dijo la Nube: «Me voy». La Noche: «Yo me echo en la hoguera de la aurora». El Dolor me dijo: «Yo me quedo, como la huella de su pie, callado».

«Yo me muero llena», me dijo mi Vida.

La Tierra me dijo: «Mis luces te besan, en todo, tus pensamientos». «Pasan los días», me dijo el Amor, «pero yo te espero».

Me dijo la Muerte: «Yo voy remando en tu bote, por el mar».

55

TULSIDAS, el poeta, vagaba pensativo, orilla del Ganjes, por el paraje solitario donde queman los muertos.

Y encontró a una mujer que estaba sentada a los pies del cadáver de su marido, vestida alegremente como para una boda.

Se levantó ella al verle, le saludó, y le dijo: «Dame tu bendición, Maestro, que quiero irme al cielo con mi marido.»

Tulsidas le respondió: «¿Qué prisa tienes, hija mía? ¿No es también esta tierra de Aquel que hizo el cielo?».

«El cielo no me importa», dijo la mujer, «lo que quiero es mi marido».

Tulsidas le contestó sonriendo: «Anda a tu casa, hija mía. Antes de terminar este mes, lo encontrarás.»

Y la mujer se volvió a su casa, dichosa de esperanza.

Tulsidas iba todos los días a verla, y le hacía pensar en cosas altas, y le llenó el corazón de amor divino.

Cuando el mes hubo pasado, vinieron los vecinos a su casa, y le preguntaban: «Mujer, ¿has encontrado ya a tu marido?».

La mujer sonreía y decía: «Sí.»

Y ellos quisieron verlo, y le preguntaban impacientes: «¿Dónde está?».

«Mi Señor está en mi corazón, uno conmigo», dijo la mujer.

56

VINISTE un momento a mí, y yo sentí en tu roce el gran misterio de la mujer que vive en el corazón del universo; la que siempre está devolviendo a Dios su propio río de dulzura; la belleza siempre fresca y joven de la naturaleza, que salta en los arroyos espumantes, y canta en la luz de la mañana, y nutre con olas de anhelo la tierra sedienta; esa en donde el Eterno se parte en dos, en una alegría que ya no puede contenerse, y se derrama, con dolor, por el amor.

57

¿QUIÉN es esta mujer que vive en mi corazón, la siempre triste? La pretendí, pero no la gané.

La adorné con guirnaldas y canté en su alabanza... Brilló un momento una sonrisa por su cara, pero al punto se desvaneció.

Y me dijo, llena de pena: «No está mi alegría en ti».

Le compré ajorcas enjoyadas; la abaniqué con abanicos recamados de diamantes, la acosté en una cama de oro... Aletearon sus ojos con un relámpago de alegría, pero al punto se apagaron.

Y me dijo, llena de pena: «No está en estas cosas mi alegría».

La senté en un carro de triunfo, y la paseé por toda la tierra. Miles de corazones conquistados se humillaron a sus pies, y las aclamaciones resonaron por el cielo... Un momento lució el orgullo en sus ojos, pero se deshizo en lágrimas.

Y me dijo, llena de pena: «No está mi alegría en la victoria».

Le pregunté: «¿Qué quieres, entonces?» Y me dijo: «Espero a uno que no sé cómo se llama». Y calló.

Y los días se le pasan diciendo, llena de pena: «¿Cuándo vendrá mi amado desconocido? ¿Cuándo lo conoceré para siempre?».

58

TUYA es la luz que salta de la sombra, el bien que mana el corazón partido en la pelea.

Tuya la casa que abre su puerta al mundo, y el amor que llama a los campos de batalla.

Tuyo el don que es ganancia cuando todo es pérdida, y la vida que fluye de la caverna de la muerte.

Tuyo es el cielo que yace en el barro de cada día; ¡y en él estás para mí, y en él estás para todos!

59

CUANDO el camino me cansa y la sed del día bochornoso; cuando las horas espectrales del crepúsculo ensombrecen mi vida, no te pido ya que me hables, Amigo mío, sino que me toques con tu mano.

Esta carga de tesoros que no te dí, ¡me angustia más el corazón! ¡Saca tu mano de la noche, y déjame tenerla, y llenarla, y guardarla; déjame sentirla en el vacío cada vez más grande de mi soledad!

60

EL perfume suspira en el capullo: «¡Ay, se va el día feliz de primavera, y yo estoy preso en estas hojas cerradas!»

—«Espera, pobre perfume. Tu cárcel estallará, se abrirá en flor tu capullo; y muerto tú en lo mejor de tu vida, seguirá viviendo la primavera.»

El perfume aletea, ahogándose, dentro del capullo, y suspira: «¡Ay, las horas se pasan, y yo no sé qué quiero, ni adonde iré!».

—«Espera, pobre perfume. La brisa

de primavera te ha oido ya, y antes que muera el día, sabrás lo que deseas.»

El perfume le grita desesperado a su oscuro porvenir: «¡Ay!, quién me ha dado esta vida sin razón? ¿Quién me diría lo que seré?».

—«Espera, pobre perfume. Ya está llegando la aurora perfecta. Y tu vida se va a unir a la vida total, y vas a saber por qué has nacido.»

61

ES como una niña, Señor; corre por todo tu palacio, y juega, y cree que tú también eres un juguete. Nada le importa despeinarse, ni arrastrar por el polvo su vestido.

Si le hablas, se duerme sin contestarte; y siempre pierde la flor que le das por la mañana. Cuando estalla la tormenta en el cielo negro, deja sus muñecas por el suelo, y se coje a ti, temblando de terror.

Ella cree que no va a servirte bien.

Pero tú la miras jugar sonriendo, porque la conoces, y sabes que esta niña

que anda hoy por el suelo, será tu novia un día.

Entonces su juego se irá callando, se irá haciendo más profundo, y se convertirá en amor.

62

"SÓLO el cielo puede ser espejo tuyo, Señor Sol», suspiró la gota de rocío. «Yo siempre estoy soñando contigo, pero ¿qué puedo esperar? ¡Soy tan pequeña para tenerte en mí!» Y se echó a llorar, desconsolada.

Le contestó el Sol: «Es verdad que yo lleno el cielo infinito; pero también puedo estar en ti, gotita de rocío. Yo me haré una chispa para llenarte, y tu vida pequeñita será entonces un mundo reidor.»

63

NO quiero amor que no sabe dominarse, de ese que como el vino parte su vaso, espumoso, y se derrama, y se desperdicia en un momento.

Dame ese amor fresco y puro como tu lluvia, que bendice la tierra sedienta y colma las tinajas del hogar. Amor que cale, bajando hasta su centro, la vida, y allí se estienda, como savia invisible, hasta las ramas del árbol de la existencia, y haga nacer las flores y los frutos.

¡Dame ese amor que conserva tranquilo el corazón, en plenitud de paz!

64

YA el sol se había puesto entre el enredo del bosque, sobre el río. Los niños de la ermita habían vuelto con el ganado, y estaban sentados al fuego, oyendo a su Maestro Gautama, cuando llegó un niño desconocido y le saludó con flores y frutos. Luego, tras una profunda reverencia, le dijo con voz de pájaro: «Señor Gautama, vengo a que me guíes por el sendero de la Verdad. Me llamo Satyakama.»

«Bendito seas», dijo el Maestro. «¿Y de qué casta eres, hijo mío? Porque sólo un Bramin puede aspirar a la suprema sabiduría.»

Contestó el niño: «No sé de qué casta soy, Maestro; pero voy a preguntárselo a mi madre.»

Se despidió Satyakama, cruzó el río por lo más estrecho, y volvió a la choza de su madre, que estaba al fin de un arenal, fuera de la aldea ya dormida.

La lámpara iluminaba débilmente la puerta, y la madre estaba fuera, de pie en la sombra, esperando la vuelta de su hijo.

Lo cojió contra su pecho, lo besó en la cabeza y le preguntó qué le había dicho el Maestro.

«¿Cómo se llama mi padre?», dijo el niño. «Porque me ha dicho el Señor Gautama que sólo un Bramin puede aspirar a la suprema sabiduría.»

La mujer bajó los ojos y le habló dulcemente: «Cuando joven, yo era pobre y conocí muchos amos. Sólo puedo decir-

te que tú viniste a los brazos de tu madre Jabala, que no tuvo marido.»

Los primeros rayos del sol ardían en la copa de los árboles de la ermita del bosque. Los niños, aún mojado el revuelto pelo, del baño de la mañana, estaban sentados ante su Maestro, bajo un árbol viejo.

Llegó Satyakama, le hizo una profunda reverencia al Maestro, y se quedó de pie en silencio.

«Dime», le preguntó el Maestro, «¿sabes ya de qué casta eres?».

«Señor», contestó Satyakama, «no sé. Mi madre me dijo: Yo conocí muchos amos cuando joven, y tú viniste a los brazos de tu madre Jabala, que no tuvo marido.»

Entonces se levantó un rumor como el zumbido iracundo de las abejas hostigadas en su colmena. Y los estudiantes

murmuraban entre dientes de la desvergonzada insolencia del niño sin padre.

Pero el Maestro Gautama se levantó, trajo al niño con sus brazos hasta su pecho, y le dijo: «Tú eres el mejor de todos los Bramines, hijo mío; porque tienes la herencia más noble, que es la de la verdad.»

65

¿HABRÁ en esta ciudad una casa, cuyo portal se haya abierto esta mañana, para siempre, al sol de la aurora; donde se haya cumplido el mensaje de la luz?

Flores abiertas de los vallados y de los jardines, ¿habrá algún corazón que haya encontrado esta mañana en vosotras el don que estaba en camino desde la eternidad?

66

OYE, corazón mío, la flauta de mi Amigo, que en ella está la música del olor de las flores del campo, de las hojas relucientes, del agua relampagueadora, de los parajes en sombra donde zumban las abejas.

Su flauta le roba la sonrisa de sus labios, y la echa sobre mi vida.

67

¡SIEMPRE estás solo, en la otra orilla del río de mis canciones!

Mis ondas melodiosas lamen tus pies, pero yo no sé cómo alcanzarlos. ¡Y mi jugar contigo, es desde tan lejos!

La tristeza de la distancia se derrite con mi flauta en melodías.

¡Cuándo vendrá tu barca hasta mi orilla; cuándo cojerás mi canción entre tus manos!

68

EL viento del amanecer abrió de pronto la ventana de mi corazón que da a tu corazón. Y vi, maravillado, que el nombre que tú me das estaba escrito en él con flores y hojas de abril... Y seguí sentado en silencio.

La cortina que está entre mis canciones y las tuyas, se fué de pronto en el viento. Y vi que la luz de tu mañana resplandecía en mis canciones no cantadas... Pensé que las aprendería a tus pies, y seguí sentado en silencio.

69

ESTABAS enmedio de mi corazón. Y mi corazón erraba, y no podía encontrarte. Como vivías siempre en mis amores y en mis esperanzas, te escondiste de ellos hasta el fin.

Eras la alegría más honda de mi juventud. Y yo corría, embriagado con mis juegos, sin ver tu alegría. Tú me cantabas en los arrobos de mi vida, y yo me olvidaba de cantarte a ti.

70

CUANDO enciendes tu lámpara en el cielo, su luz da en mi cara y te deja en sombra a ti.

Cuando enciendo la lámpara del amor en mi corazón, su luz es para ti, y yo me quedo en la sombra.

71

¡OLAS, olas que devoráis el cielo, que danzáis, reluciendo vida; olas de gozo arremolinado, que os precipitáis sin fin!

Las estrellas se mecen en vosotras. Sacáis de lo profundo pensamientos de todos colores, y los echáis arriba, y los desparramáis en la playa de la vida.

Con vuestro ritmo, el nacer y el morir suben y bajan. Y la gaviota de mi corazón tiende sus alas por vosotras, gritando de alegría.

72

EL mundo todo corrió hecho alegría, y vino a mí para hacer mi cuerpo.

Las estrellas me besaron y me besaron hasta que desperté; las flores de los veranos fujitivos respiraron olor en mi boca, y las aguas y los vientos cantaron en mis ademanes; las nubes y las frondas fluyeron en mareas apasionadas de colores, por entrar en mi vida; y la música universal me acarició todo, hasta darme forma.

Mi cuerpo es mi amor, y ha encendido su lámpara en mi casa.

73

LA primavera ha entrado en mi cuerpo con sus hojas y sus flores. Toda la mañana están las abejas zumbando en mí; y los vientos ociosos juegan y juegan con mis sombras.

Una dulce fuente mana del corazón de mi corazón; la alegría lava mis ojos como el rocío la mañana; y la vida tremola en todo mi ser, como la cuerda de un laud.

¡Amor de mis días sin fin, solitario vagabundo de las costas de la vida, donde se derrama el mar alto; no revolo-

tean alrededor de ti las mariposillas de mil colores de mis sueños? ¿No es este eco de mis cavernas oscuras, el eco de tus canciones?

¿Quién más que tú podrá oir este racimo de las horas, que hoy vibra en mis venas; estos pies alegres que bailan en mi corazón, este clamoreo de vida que bate sus alas inquietas en mi cuerpo?

74

ESTÁN rotas mis ataduras, pagadas mis deudas, mis puertas de par en par... ¡Me voy a todas partes!

Ellos, acurrucados en su rincón, siguen tejiendo el pálido lienzo de sus horas; o vuelven a sentarse en el polvo, a contar sus monedas. Y me llaman para que no siga.

¡Pero ya mi espada está forjada, ya tengo puesta mi armadura, ya mi caballo se impacienta!... ¡Y yo ganaré mi reino!

75

VINE a tu tierra el otro día, Señor, desnudo y sin nombre, vajeando; y hoy ya es alegría mi voz.

¡Y Tú te echas a un lado, y me haces sitio para que yo pueda colmar mi vida!

¡Hasta cuando te ofrezco mis canciones, tengo la secreta esperanza de que los hombres vengan a mí y me adoren por ellas!

Señor, ¡cómo te gusta saber que yo amo este mundo adonde me has traído!

76

ANTES, yo me agachaba, tímido, en la sombra de lo seguro. Ahora que la resaca de la Alegría me alza sobre su cresta, mi corazón se agarra a la roca agria de su dolor.

Antes, yo iba a sentarme solo en un rincón de mi casa, porque la creía pequeña para cualquiera que venía. Ahora que esta Alegría impetuosa abre su puerta de par en par, comprendo que hay sitio en mi casa para Ti y para todos.

Antes, yo andaba de puntillas, cuida-

doso de mí, remilgado y con perfumes. Ahora que este torbellino de Alegría me ha tirado por tierra, me río a carcajadas, y me revuelco en el polvo, a tus pies, como un chiquillo.

77

TUYO es el mundo, todo y para siempre. Mas como Tú no necesitas nada, Rey mío, no le sacas gusto a tu riqueza. ¡Es lo mismo que si no la tuvieras!

Por eso Tú, día tras día, me vas dando lo que es tuyo; y así te ganas, día tras día, tu reino en mí.

Día tras día, compras a mi corazón su aurora; y así ves tu amor esculpido en la estatua de mi vida.

78

TÚ diste canciones a los pájaros, y los pájaros te devolvieron canciones. A mí sólo me diste voz, y me pediste más, y yo canté.

Tú hiciste lijeros tus vientos, y tus vientos son lijeros en servirte. A mí me cargaste las manos, porque yo mismo las alijerara, y yo he ganado para tu servicio la ingrávida libertad.

Tú le llenaste a tu tierra sus sombras con chispas de luz, y te quedaste entre ellas. A mí me dejaste en el polvo, sin

nada entre las manos para hacer tu cielo.

A todas las cosas les das. A mí me pides. Así, el sol y la lluvia van madurando mi vida solitaria, y cojo más que tú sembraste, y te alegro tu corazón, ¡Señor del granero de oro!

79

NO pida yo nunca estar libre de peligros, sino denuedo para afrontarlos.

No quiera yo que se apaguen mis dolores, sino que sepa dominarlos mi corazón.

No busque yo amigos por el campo de batalla de la vida, sino mi fuerza en mí.

No anhele yo, con afán temeroso, ser salvado, sino esperanza de conquistar, paciente, mi libertad.

¡No sea yo tan cobarde, Señor, que quiera tu misericordia en mi triunfo, sino tu mano apretada en mi fracaso!

80

CUANDO Tú vivías solo, no te conocías. Ninguna llamada, ningún mensaje llevaba el viento de una a otra orilla.

Vine yo, y te despertaste, y los cielos florecieron con luz. Tú hiciste que yo abriera en mil flores, y me meciste en la cuna de mil formas, y me escondiste en la muerte, y me volviste a hallar en la vida.

Vine yo, y se te dilató el corazón. Conociste el dolor y la alegría, y me tocaste, y vibraste hasta enamorarte.

Pero mis ojos se nublan de vergüenza, y mi pecho palpita de temor, porque mi rostro está velado. ¡Y cómo lloro cuando no te puedo ver!

Sin embargo, conozco la infinita sed de tu corazón por verme, la sed que llama a mi puerta, cada día, en los golpes redoblados de la aurora.

81

TÚ oyes, en tu eterno desvelo, mis pasos que llegan; y tu alegría se sume en el alba y rompe al fin, en un estallido de luz.

Mientras más me acerco a ti, se hace más hondo el hervor de las olas del mar.

Tu mundo es un brote de luz, que se derrama, y te llena tus manos. Pero tu cielo está en mi oculto corazón, y va abriendo sus capullos lentamente, con tímido amor.

82

DIRÉ tu nombre en mi soledad, sentado entre las sombras de mis callados pensamientos... Y lo diré sin palabras, y sin razón, como un niño que llama a su madre cien veces, contento sólo con poder decir Madre.

83

I

SIENTO que todas las estrellas brillan en mí; el mundo irrumpe en mi vida, como en una inundación; todas las flores se abren en mi cuerpo; la juventud entera de la tierra y de la mar humea en mi corazón, como un incienso; y el aliento de todas las cosas hace cantar, como flautas, mis pensamientos.

II

Cuando el mundo se duerme, vengo a tu puerta. Están calladas las estrellas,

y me da miedo cantar. Y vijilo y aguardo, hasta que tu sombra pasa por el balcón de la noche; y entonces me vuelvo, con el corazón lleno.

Luego, por la mañana, me pongo a cantar junto al camino. Me escucha el aire, las flores del vallado no contestan y los caminantes se paran de pronto, y me miran la cara, creyendo que los he llamado por sus nombres.

III

¡Tenme siempre a tu puerta, esperando tu deseo; déjame ir por tu reino, atento a tu llamada; no permitas que me hunda y me pierda en la sima de la languidez; que mi vida malbaratadora se gaste y se haga harapos!

¡No dejes que me coja la duda, ese polvo de la distracción; no dejes que me

disperse por los caminos, con afán de muchas cosas; que baje mi corazón a muchos yugos! ¡Haz que mi cabeza se yerga, con el valor y el orgullo de servirte!

84

LOS MARINEROS

ALLÁ lejos, oís el tumulto de la muerte, la llamada — entre riadas de fuego y nubes venenosas, — la llamada del Capitán al timonel, para que ponga el barco proa a una orilla sin nombre.

Porque ya pasaron los días encharcados del puerto, donde la misma vieja mercancía se vende y se compra eternamente, donde vacías de verdad, van a la deriva las cosas muertas.

Los marineros se despiertan asusta-

dos preguntando: «¿Qué hora es ya, compañeros? ¿Viene la aurora?» ...Las nubes han tapado las estrellas, y nadie puede ver la llamada del día.

Y corren con los remos en la mano. Se quedan las camas vacías, reza la madre, la mujer mira en la puerta, el lamento de la partida llega hasta el cielo. Y la voz del Capitán grita en la oscuridad: «¡Vamos, marineros, que ya han terminado los días de puerto!».

Todos los negros males del mundo se han salido de sus cauces. Pero vosotros, marineros, tomad vuestro puesto, que la bendición de la pena va en vuestras almas. No culpéis a nadie, hermanos. Bajad vuestras frentes, que el pecado ha sido vuestro y nuestro.

El corazón de Dios venía ardiendo durante siglos de cobardía de los débiles, de arrogancia de los fuertes, de co-

dicias de la oronda prosperidad, de rencor de los dañados, de orgullo de razas, de insultos al hombre. Y la paz divina ha estallado al fin en tormenta.

¡Parta la tempestad su corazón en pedazos, como su vaina el fruto maduro, y desparrame truenos; cese vuestro vocerío de condenación de los otros, de alabanza vuestra! Y en calma, con la oración callada en vuestras frentes, navegad hacia esa playa sin nombre.

El pecado, el mal, la muerte, que hemos conocido cada día, van ahora, como nubes, por encima del mundo, mofándose de nosotros, con pasajera risa de relámpago. Y se detienen de pronto y se convierten en prodijio.

Vengan los hombres y digan: «No te tememos, Monstruo, porque te hemos arrancado nuestra vida cada día; y mo-

rimos con la fe de que la Paz es verdad, verdad el Bien, y verdad lo Eterno.

Si lo Inmortal no vive en el corazón de la muerte, ni florece la sabiduría alegre, rompiendo la cárcel del dolor; si el pecado no muere por su propia revelación, si no aplasta al orgullo la carga de sus honores, ¿de dónde es la esperanza que espolea a estos hombres y los echa de sus casas, como estrellas que se precipitan a la nada en la luz de la mañana?

La sangre de los mártires, el llanto de las madres, ¿se perderán en el polvo de la tierra, sin comprar el cielo? Y cuando el hombre pasa sus límites mortales, ¿no se le aparece acaso lo Infinito?

85

CANTO DE LOS VENCIDOS

ME ha pedido mi Señor, que mientras esté yo al lado del camino, cante la canción de la Derrota, la novia que Él ama en secreto.

Ella se ha echado el velo oscuro, y esconde su cara a la multitud, mas su joya brilla en la sombra, sobre su pecho. Es la abandonada del día; pero la noche de Dios la espera con sus lámparas encendidas y sus flores empapadas de rocío.

Ella está callada, con los ojos bajos. Dejó su casa, y el viento trae el lamen-

to de su casa; pero las estrellas están cantándole el canto del amor eterno a su cara dulce de vergüenza y de dolor.

Se ha abierto la alcoba solitaria. Han llamado. Y el corazón de la sombra late deprisa, sobrecojido por la hora, que llega, de la cita.

86

ACCIÓN DE GRACIAS

ALÉGRENSE y dente gracias, Señor, los que andan por el camino del orgullo, aplastando la vida humilde con sus pies, ensangrentando con sus huellas el verde tierno de la tierra; porque su día ha llegado.

Pero yo te las doy porque a mí me ha tocado estar con los humildes que sufren la carga del poder, y esconden sus caras y ahogan sus sollozos en la oscuridad; pues cada latido de nuestro dolor ha vibrado en la secreta profundidad de tu noche, y cada insulto ha

sido acojido en tu gran silencio. ¡Y el día de mañana es de nosotros!

¡Sol; levántate sobre los corazones sangrientos que han abierto como flores de la mañana; sobre las cenizas del orgullo, cuyo festín alumbraron las antorchas!

FIN

DE LOS POEMAS

ÍNDICE

Págs.

LA COSECHA, por Juan Ramón Jiménez. 9

1.—Dime que sí 15
2.—Cuando yo joven 15
3.—¿Acaso la fiesta del verano . . 17
4.—Al despertar esta mañana . . . 18
5.—Un puñado de polvo 20
6.—Por los caminos 21
7.—¡Mi casa no es ya 22
8.—¡Disponte a partir, corazón mío . 23
9.—Cuando mi pereza 24
10.—Me cojiste de la mano. 25
11.—Esta cadena mía. 27
12.—El Jumna. 28
13.—Moverse es encontrarte. . . . 30
14.—Tú me prometiste 31
15.—¡Tu palabra sí que es sencilla . . 32
16.—Ellos sabían el camino. 33
17.—Salí, con mi lámpara 34
18.—No, tú no sabes. 35
19.—Sudas, el jardinero. 37
20.—¡Noche, noche velada. 40
21.—Sí, aunque los días. 42
22.—La mañana de otoño 43
23.—Sobre las olas 44
24.—La noche está negra. 45

Pájs.

25.—Ya está cantando el pájaro. . . 46
26.—Levanté, mendigo 48
27.—Estaba Sanatan. 50
28.—Día tras día. 52
29.—Me has puesto entre los derrotados 54
30.—Cuando vestiste de harapos. . . 55
31.—En los días 56
32.—Cuando yo no conocía. 58
33.—Cuando pensé. 59
34.—«Señor, el santo Narottam. . . 60
35.—El clarín yace 63
36.—Con la locura 66
37.—Upagupta. 69
38.—Este amor nuestro. 73
39.—El muro se ha rajado. 74
40.—¡Fuego, hermano mío 75
41.—El marinero va. 76
42.—Me aferro a mi cuerpo. 79
43.—Sobre la reliquia 81
44.—El día, que nos separa. 85
45.—Mi lecho ha sido. 86
46.—¡Ya no podré pagarle. 87
47.—He encontrado en su caja. . . . 88
48.—Mujer, pon orden y hermosura. . 89
49.—¡Qué dolor mientras 90
50.—En el relámpago. 91

Pájs.

51.—Sé que, en el vago ocaso. . . . 92
52.—¿Qué música 94
53.—He besado el mundo. 95
54.—Me dijo la Nube. 96
55.—Tulsidas, el poeta. 97
56.—Viniste un momento. 99
57.—¿Quién es esta mujer 100
58.—Tuya es la luz 102
59.—Cuando el camino 103
60.—El perfume suspira. 104
61.—Es como una niña 106
62.—«Sólo el cielo 108
63.—No quiero amor. 109
64.—Ya el sol. 110
65.—¿Habrá en esta ciudad. 114
66.—Oye, corazón mío 115
67.—¡Siempre estás solo. 116
68.—El viento del amanecer 117
69.—Estabas enmedio de mi corazón. . 118
70.—Cuando enciendes 119
71.—¡Olas, olas 120
72.—El mundo todo corrió. 121
73.—La primavera. 122
74.—Están rotas mis ataduras. . . . 124
75.—Vine a tu tierra. 125
76.—Antes, yo me agachaba 126

Págs.

77.—Tuyo es el mundo. 128
78.—Tú diste canciones. 129
79.—No pida yo nunca 131
80.—Cuando Tú vivías solo. 132
81.—Tú oyes 134
82.—Diré tu nombre. 135
83.—Siento que todas las estrellas. . 136
84.—*Los marineros* 139
85.—*Canto de los vencidos*. . . 143
86.—*Acción de gracias*. 145

(NOTA DE LA TRADUCTORA:

NINGUNA obra, y menos si es traducción, puede tener, mientras su autor viva, sino un valor transitorio. En cada nueva edición, este libro se ha de ir desnudando más, maestro de sí mismo, hasta llegar a su espresión permanente.)

Madrid, 1917.

FIN

ESTE LIBRO
SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN LA
TIP.-LIT. A. DE ANGEL ALCOY (S. EN C.)
DE MADRID
EL 31 DE DICIEMBRE DE
1917

1928
1879.
= 29 v